

---

# ELLOS

---

---

## Luis Goytisolo

---



La idea que el ciudadano medio, el hombre de la calle, se hace del poder, tiende a unas constantes que sólo un acontecimiento histórico de primera magnitud —guerra, revolución, etc.— es capaz de alterar pasajeramente. No es éste el caso de la muerte de Franco, un hecho de entidad insuficiente para que ese ciudadano medio, ese hombre de la calle, haya modificado los criterios de pasividad y dependencia que caracterizan su relación con el poder. Si le pre-

guntamos sus ideas al respecto, nos dará una respuesta que apenas si habrá variado de entonces a ahora. Y comentar tal identidad de respuestas con un tercero no nos supondrá sino una nueva confirmación del hecho. Pues claro, nos dirá, ¡como que los que mandan son los mismos!

Preguntar quiénes son exactamente esos mismos sería, en verdad, inútil. Por un lado, nuestro interlocutor no sabría responder ya que desconoce sus nombres. Por

ótro, todos intuimos que nuestro interlocutor se refiere, no a los hombres que están hoy en el poder, cuyas caras y cuyos nombres son diferentes a las caras y nombres de los que estaban antes, sino a los que están detrás, a los que manejan a esas personas como un ventrílocuo a sus muñecos. Y, en todo caso, aunque nuestro interlocutor no sepa *quiénes son*, nada impide que le preguntemos al menos *cómo son*, que indagemos —puesto que eso dice saberlo de sobra— acerca de cuáles son sus características personales o de grupo.

Las respuestas que recibamos tendrán, invariablemente, unos cuantos rasgos en común. Así, para empezar, el hecho ya señalado de que quien realmente tiene el poder no esté *en* el poder sino *detrás* del poder. También, que esta realidad sea notoria y esté suficientemente probada; mejor, que ni tan siquiera necesite ser aprobada. Que sea, en consecuencia, una especie de secreto a voces. Que, no obstante, poco o nada se sepa acerca de la cara oculta de todo este asunto: las actividades concretas de las personas implicadas, los vínculos que las unen. Que existe un tácito pacto de silencio —esferas oficiales, medios de comunicación— a este respecto. Finalmente, a modo de consecuencia de cuanto antecede, que nuestro interlocutor, al referirse a esas personas, para designarlas, hable de *ellos*. *Ellos* y basta.

Aquí acaban las semejanzas. La imagen que en adelante ser probada. Que sea, en diferirá considerablemente según sea nuestro interlocutor, según la actitud por él adoptada responda a la que es propia de una mentalidad de izquierdas o, por el contrario, a una mentalidad de derechas. Dos actitudes, dos criterios, dos



enjuiciamientos, que indefectiblemente se acomodan a dos modelos contrapuestos que, de antemano, parecen polarizar toda posible respuesta. Como en las damas: o blancas o negras.

Para el hombre de la calle que es, o se considera, de izquierdas, *ellos* son los ricos. Es decir: no cada rico —no se trata aquí de una mera cuestión de capacidad económica— no todos los ricos, sino los que mandan *en* los ricos. Su sonrisa será de suficiencia o embarazo —la dificultad de expresarse, de dar a entender que sabe lo que en realidad no sabe—, pero para él está claro: *ellos* son los que en el pasado se llamaba plutocracia, el gobierno del dinero. *Ellos* saben lo que se hacen, dirá; *ellos* sí que lo saben. Confortablemente reunidos en el cálido sosiego de un gabinete, envueltos en el humo de los cigarrillos, a media voz, *ellos* deciden. Una de las características de su poder es la ubicuidad: están al tanto de la marcha del mundo, sí, pero también de la del país, de la ciudad en que uno vive, del lugar en que trabaja, de la vida que uno hace. Otra de las características es la sincronización: sube el petróleo y se atenta contra la vida de un jefe de estado, sí, pero también hay que tener en cuenta el cierre de la empresa y la baja del precio de tal o cual cosecha: todo va ligado. Y, como la niebla en un paisaje de alta montaña, el misterio que todo lo encubre. Un misterio que hace, si cabe, todavía más fascinante la imagen que de *ellos* se ha formado nuestro interlocutor. La fascinación que suele crear todo sentimiento de doble signo: el hecho de que les deteste no impide que en cierto modo les admire: ¡*ellos* sí que saben poner orden!

Para el hombre de la derecha, la imagen de *ellos* ofrece rasgos bien distintos, aunque su función, en lo que a la marcha del mundo se refiere, sea equivalente. Por de pronto, hay hombres, hay rostros, hay datos mucho más concretos que los contenidos en el difuso concepto de *ricos*: ministros, altas jerarquías eclesiásticas y militares, el propio Jefe del Estado y, en general, cualquiera que nos demuestre con hechos estar *contra ellos*. Pero no nos dejemos engañar; nuestro hombre de la derecha será el primero en alertarnos: todo eso no es más que la fachada, todos esos tipos que dan la cara no son más que *mandados*. Lo importante es lo que está detrás, y lo que está detrás también tiene nombres propios: sionismo y comunismo en la mayor parte de los casos, si bien igualmente puede hablarse de organizaciones privadas como la masonería, de una gran potencia mundial o de algún país vecino y, por tanto, tradicionalmente enemigo. Ni que decir tiene que tampoco las cabezas visibles de esos países y esas organizaciones son propiamente *ellos*, que ni el primer ministro soviético ni el israelita son más que *mandados*, que quienes de verdad cuentan son otros.

¿Quiénes entonces? La sonrisa, en este caso, será la de la experiencia, aquélla con la que el experto se dirige al novato. ¿Quiénes? Pues ni más ni menos que *ellos*, los que se hallan escondidos detrás de todos esos velos, los que de verdad tienen el poder desde hace ya siglos. Para *ellos*, cuya existencia es muy anterior a la del comunismo, el propio comunismo es sólo un mero juguete, un instrumento más en sus manos. Algo que utilizan igual que se utiliza el

dinero. ¿Pero quiénes son los que hacen eso? ¿Qué es lo que se esconde detrás del comunismo? ¿El sionismo? Otra vez la sonrisa. Caliente, caliente; por ahí van los tiros. Pero no quieras saber demasiado. Además, lo que importa no son las personas; lo que importa es el principio que *ellos* representan, un principio negativo, una especie de factor de disolución que todo lo impregna. Y es que, en realidad, el punto decisivo es éste: todo está *impregnado*, el mundo entero está *impregnado*. En otras palabras: el mal no es algo que viene de *fuera*, como para el hombre de izquierdas; para el hombre de la derecha, el mal es algo que está *en* el cuerpo social, *dentro* del cuerpo social, un cuerpo social enfermo y, en consecuencia, necesitado de una medicación adecuada.

El resto de lo que se diga, los rumores que corren, no son, así pues, sino simples ejemplos ilustrativos, anécdotas, noticiones de esos a los que tan aficionados suele ser el hombre de la derecha. ¿Sabes dónde va a parar el dinero del petróleo? Noticiones que en lo fundamental giran siempre en torno a dos centros focales: la corrupción (en todas partes cuecen habas, ¿qué te creías?) y los cuernos. Lo que le pasa al fulano es que está amargado porque su mujer le pone los cuernos, por ejemplo. O lo del petróleo, el dinero que se reparten dos altas personalidades de la vida pública. ¿No te has enterado? Y el que nos lo cuenta, con la mayor naturalidad del mundo, es a lo mejor un eminente doctor en medicina o un ingeniero de caminos, no superior, precisamente en sus alcances el juicio de éste, el ingeniero de caminos, al del peón caminero.